



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Roberto Delétang, Caricatura de SANCHA



Con el florete y el lápiz
no reconoce rival:
dando tajos es un Pini,

dibujando un... Delétang,
y lo dicho, queda dicho.
Hagan juego. ¡No va más!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Una carta y una contestación, por Estelrich y Manuel del Palacio.—El Molinillo Elegante, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Angelitos!, por A. Sánchez Pérez.—La Lotería de Navidad, por Deusdedit Criado.—Palique, por Clarín.—De bohemia..., por Alberto Lozano.—Nochebuena, por Ramón Asensio Más.—El cráneo de Pérez, por Julio Poveda.—Avisos.—Certamen de MADRID CÓMICO.—Anuncios.

GRABADOS: Roberto Delétang, caricatura de Sancha.—La limosna y Navidad, por Roberto Delétang.—Lotería y ¡La lista grande!, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Cuando este número vea la luz, ya habrán salido por ahí los vendedores de la lista grande atronando al mundo con sus gritos.

Quizás, antes de recibir el MADRID CÓMICO, llegue á manos de alguno de nuestros lectores la anhelada relación de los premios de Navidad, y en ella el número salvador

que ha de proporcionarle la dicha.

Todos, quién más, quién menos, confiamos en que la suerte cambie y esperamos poder exclamar en presencia de la simpática lista:

—¡Cielos! ¡Por fin!

Pero ya verán ustedes como no nos toca.

Por de pronto, hay que desconfiar de la lista que sale momentos después del sorteo.

A lo mejor aparece en ella premiado el número 5.498, que es el que usted posee, y el júbilo se apodera de su corazón y abraza usted á todas las personas conocidas y se entrega á las mayores expansiones del frenesí... y después *resulta* que en la imprenta han puesto un 9 en vez de un 4 y un 5 en vez de un 7 y un 8 en vez de un cero.

¡Qué decepción!

El año pasado fué víctima de uno de estos errores tipográficos el bueno de don Rufino Pérez, esclarecido quitamanchas de la calle de la Visitación.

Hallábase en la trastienda derramando bencina sobre un chaquet de elasticotín, perteneciente á un diputado provincial algo sucio, cuando oyó gritar en la calle:

—¡La lista grande!

D. Rufino suspendió su tarea y rápido como un cohete se fué á llamar al vendedor... Dos minutos después, ébrio de gozo, arrojaba al suelo el menguado chaquet, y estrechando contra su corazón la lista grande, gritaba:

—¡Nazarina, Emeteria, Pura! Bajad pronto!

Y vióse al punto rodeado de su esposa é hijas, á quienes dijo con acento que revelaba la más grande de las satisfacciones:

—¡Nos ha tocado, nos ha tocado!...

—¿Qué?—preguntaron todos con ansia.

—El segundo premio... Aquí está: el 5.498...

Lo primero que hizo la quitamanchas consorte, fué caer accidentalmente sobre un baúl, y mientras sus amantes hijas se apresuraban á socorrerla, entró en el establecimiento D. Isidoro, el maestro de escuela de la plaza de la Paja, que llegaba echando el bofe por la boca, y se arrojó en los brazos de D. Rufino, diciendo:

—¡Acabo de leer la lista! He dejado solos á los niños y á mi señora sacramentada para tener el gusto de abrazar á usted... No sé lo que me pasa. Ya sabe usted que yo juego medio duro y aquí tengo el recibo.

—Sí, señor; sí, señor. Tranquilícese usted.

Cuando estaban en esto, llegó una criada de servir, loca de alegría, y se arrojó también en los brazos del quitamanchas.

—Yo juego cinco reales. ¿Verdad usted, D. Rufino? De manera que me tocan...

—Sí, hija, sí. Todos cobraremos.

—¿Pero, cuándo se cobra?

—No lo sé.

—Pues hay que enterarse—dijo el maestro.—Por de pronto, yo me vuelvo á casa, á ver si se muere mi esposa, ó qué hace, y en seguida me voy á la Dirección de Rentas á comprobar la noticia.

Y echó á correr calle arriba, cantando el himno de Riego.

La quitamanchas, á fuerza de untarla el rostro con vinagre, volvió en sí y comenzó á echar cuentas sobre lo que les tocaba.

—Por de pronto—dijo Nazarina, la hija mayor,—tendremos que mudarnos. A mí no me gusta nada esta calle.

—Ni á mí—añadió Pura.—Es una calle muy fea y muy sólida...

—Tiene razón—dijo la mamá.—No pasa nadie por aquí, y estamos en ridículo.

D. Rufino paseaba á grandes pasos por la tienda, con la mente cargada de ilusiones y el corazón palpitante.

—Lo que voy á hacer es á establecerme en un sitio céntrico y á poner un buen tinte al vapor—dijo de pronto.

—No pienses en eso—interrumpió la señora.—A tí lo que te conviene es que te hagan senador.

—¿Senador?

—Sí, papá;—hazlo por nosotras—exclamó Purita en tono suplicante.

—Pero...

—Nada, nada; es cosa resuelta—agregó la mamá.—O senador ó título: elige.

Y ya se disponía á cerrar el establecimiento y renunciar para siempre á las manchas, cuando penetró en el mismo el Sr. Garriguez, capitán retirado y hombre de muy mal carácter. Llegaba con la lengua fuera y el rostro alterado por la emoción.

—¿Conque nos ha tocado el segundo premio?—dijo al entrar.—Lo acabo de leer en la lista grande. El 5.498; aquí está.

—Así parece—balbució D. Rufino.

—¿Cómo que parece? Diga usted que no hay duda. Conque, por de pronto, hágame usted el favor de catorce duros, á cuenta.

—¿Cómo?

—¡Hombre! Necesito pagar unas cosillas, y además, quiero comprarle un paraguas á mi mujer, que se me pone perdida en cuanto caen cuatro gotas.

—Pero...

—¡Tendría gracia que me negase usted esa cantidad insignificante, cuando tiene usted en su poder una porción de miles de duros míos... ¿No juego dos pesetas en él billete?

—Sí, señor.

—¡Pues entonces!...

D. Rufino tuvo que soltar el dinero y decía su mujer:

—¡Sí, hombre, sí, tiene razón; dáselo y después se lo descuentas. Que no digan de nosotros que somos unos ricos miserables.

No había hecho más que irse el capitán, y entró en la tienda doña Concha, una andaluza de clases pasivas, muy mala lengua y muy ordinaria.

—Zeño D. Rufino; aquí eztoy yo. ¿Pero ha vizto ozté qué zuerte?...

¡Ay hijo; eztoy toa removial... Ayer zin una mota, y hoy... ¿Cuándo cobramos? Mizté; ezto de la loteria ez una coza mu zeria, y por conziguiente, yo me queo aquí hazta que ozté cobre.

—¿Qué dice usted?

—Digo, que yo no pienzo moverme de aquí, mientras no me dé ozté la *lu divina*.

—¿Y eso qué es?

—Er dinero; paece ozté gili.

La andaluza, ni corta ni perezosa, se sentó sobre una pila de pantalones manchados y otras prendas semejantes, y allí se estuvo dos horas hablando de su futura grandeza, y decidida á no dejar solo á D. Rufino.

—¿Pero, piensa usted permanecer mucho tiempo en esta casa?—le preguntó él.

—Hasta que ozté cobre—contestó la andaluza.

Y allí hubiese permanecido toda la semana, si no es por el maestro de escuela, el cual maestro entró en la tienda con el rostro arrugado, y dijo melancólicamente:

—No hay nada de lo dicho.

—¿Cómo?—exclamó el quitamanchas.

—Vengo de la Dirección de Rentas...

—¿Y qué?

—¡Que está equivocada la lista!

Todos los allí presentes se desmayaron, unos encima de otros...

LUIS TABOADA

Una carta y una contestación.

Sr. D. Manuel del Palacio.

Queridísimo Manuel:
he recibido un papel
muy largo y muy singular,
y lo que estampaste en él
no lo acierto á descifrar.
Para sacarnos de dudas,
y en costumbre inveterada,
tú, que hasta en verso estornudas,
nos participas tus mudas
en fácil prosa rimada.

Sé que hoy te lleva la suerte,
mejor diré, por lo visto,
fatalidad, ruina y muerte,
26—D. Evaristo,
á donde pienso ir á verte.

Sé que á tu antigua morada,
de jardincillo adornada,
como otra quizás no admire,
la piqueta malhadada
le salmodia el *Días ira*.

Sé que por esta razón,
la más fuerte de las tres,
has buscado habitación,
donde deseo que estés
á gusto y satisfacción.

Mas, al dar explicaciones
de tu mudanza postrera
alegas tales razones
que, si bien se considera,
son un mar de confusiones.

Dices que un *tuerto maldito*
te miró con malos ojos...
No lo entiendo, Manolito...
¿Tuerto y con ojos? ¡Que antojos
estás mostrando en lo escrito!
¿Fué Jano? ¿Birlbirloque?
¿Fué por artes de Luzbel?

Bueno es que el punto se toque.
Y tú, Doctor in utroque
de enigmas, dí quién es él.

Dime pues en verso ó prosa,
ó escribiendo ó en *spich*
cuanto sepas de esta cosa
tan peregrina y curiosa...

Tu *ex toto corde*

ESTELRICH

CONTESTACIÓN

Sr. D. Juan L. Estelrich.

Juan, no pequé de inexperto,
mas si merece un pellizco
quien peca contra lo cierto,
dámelo, pues hice tuerto
á quien Dios sólo hizo bizco.

Mas si él se queja es ingrato,
él me jubiló insensato
en un arranque de enojo
y yo saltándole un ojo
le dí el ascenso inmediato.

¿No le conoces aún?
pues lo mismo que otros cien
no pasa de lo común;
entre cursi y parisíen,
trucha con mezcla de atún.

¿Quiéres conocerle más?

retratado lo verás
cuando estas líneas termines,
y tú lo conocerás
aunque vaya sin botines.

«Parece grande y es chico,
fué ministro porque sí,
y en nueve meses y pico
perdió á Cuba, á Puerto Rico,
á Filipinas, y á mí».

MANUEL DEL PALACIO

El Molinillo Elegante.

Al bajarme de un tranvía, se me acercó el otro día un *golfo* de mal aspecto para entregarme el prospecto de una chocolatería; y como algo he de escribir y no sé qué discurrir para llenar el papel, si la memoria me es fiel, lo voy á reproducir.

«Señores: He inaugurado en la calle del Infante, número tres duplicado, un salón denominado *El Molinillo Elegante*.

En él hallará cualquiera bien servido y en seguida, chocolate de primera: espeso el que así lo quiera y claro el que así lo pida.

Podéis pedir, sin abuso, pan francés, inglés y ruso, bollos austriacos y suevos, picatostes casi nuevos y bizcochos en buen uso.

Aquí podéis escoger leche pura que beber de burras que no están flacas, ó de ovejas, ó de vacas suizas de Santander.

Aquí servimos helados á los que estén sofocados, y hay sorbetes exquisitos; en el verano fresquitos y en el invierno templados.

Y aquí se va á despachar

en los dos meses ó tres de calor canicular, cerveza de Lavapiés y horchata vista ordeñar.

Tengo en mi establecimiento y sirven que es un portento las siguientes camareras que siempre que viene á cuento, se pasan de zalameras:

Paca la Rubia, Dolores, la Morritos, Bonifacia, Pepona la de las Flores... en fin, todas las mejores chicas de la aristocracia.

¡Valen ellas más millones!... Ni truecan las peticiones, ni tardan, ni tienen cortas las manos para dar tortas y repartir mojicones.

Ensamadas exquisitas dan por un real de vellón mis camareras bonitas. ¡Qué tiernas, qué sabrositas y qué baratas que son!

Os dan aquí por dos reales chocolates especiales cual no hay otros en la villa, y hasta los dan con vainilla á precios convencionales.

Conque, amigos, ya sabéis que en la calle del Infante tres duplicado, tenéis *El Molinillo Elegante*. (Teléfono veintiséis).

Y no hagáis la tontería de confundir sin cuidado esta chocolatería con una zapatería que hay en la casa de al lado.»

Por la copia,
JUAN PÉREZ ZÚNIGA

¡Ángelitos!

(HISTORIAS DE SIEMPRE)

Punto pedimos,
punto queremos;
si no nos lo dan
nos lo tomaremos.

(Cuasi-copla estudiantil de antaño; 1850).

Presumo que cuando estas *cortas* líneas, lleguen á manos de los lectores de MADRID CÓMICO,—de quienes celebraré que, al recibo de ellas, se hallen con la más cabal salud que para mí deseo,—ya habrán obtenido los estudiantes ó estarán muy próximos á obtener, el anhelado *punto*, ruidosa y turbulentamente exigido en Barcelona y en Madrid, hace ya muchos días. Ya lo creo; desde primeros de Diciembre.

Yo, si he de decir la verdad (que sí he de decirla), no soy aficionado á que se dé *punto*, á los estudiantes. Si á gusto mío se arreglasen los asuntos de la enseñanza, no habria vacaciones, que juzgo de resultados perniciosos, y que además engendran en la juventud hábitos de holganza, que se conservan en la edad madura.

Constantemente nos lamentamos de que los funcionarios públicos falten á la oficina, ó se dediquen en sus respectivos negociados á la improba y fecundísima labor de fumar cigarrillos; de que los expedientes se eternicen en las mesas de los encargados de resolverlos; de que los profesores no asistan á las cátedras, desempeñadas casi siempre por auxiliares ó supernumerarios; de que... en una palabra, de que se trabaje muy poco, y no advertimos que esa afición invencible á holgar, se adquiere en los institutos y en las universidades.

¿Qué no?

Consulten ustedes la estadística de las vacaciones y asuetos concedidos á los alumnos y al profesorado en esos establecimientos.

Los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre: veraneo. Descanso absoluto. Ciertamente lo mismo en Junio que en Septiembre, hay para los maestros las faenas de exámenes, ejercicios de grelos, oposiciones á premios, etc., etc.; pero esos son trabajos retribuidos aparte.—Resultado: el año escolar queda reducido á ocho meses.

De esos ocho meses, se merman: primero, todos los domingos, cerca de mes y medio; los días festivos, casi otro tanto; las Pascuas de Navidad, siempre anticipadas, casi un mes; Carnaval, cuatro días; Semana Santa y Pascua de Resurrección, ocho días, y sobre estas, que son las de reglamento, las vacaciones extraordinarias, como fiestas nacionales y fiestas de la localidad, enfermedades y ausencias del profesor, tal cual suceso adverso ó próspero, que se solemniza invariablemente, no asistiendo á clase. No se exagera, por lo tanto, diciendo que de los ocho meses de curso, se aprovechan, á todo tirar, noventa días.

Pero como digo lo uno digo lo otro, de ese mal no tienen la culpa los muchachos, ¡pobres angelitos!—Ellos... ¿qué han de hacer si el ejemplo viene de arriba?

Los que han olvidado ya cómo procedían cuando eran chicos, muéstranse muy escandalizados con los estudiantes de ahora, porque hacen lo mismo, mismísimo que hacíamos nosotros cuando andábamos en las aulas de los institutos.

¡Señores, si lo de pedir punto y de tomarlo ha sido igual en todo tiempo!

El Excmo. Sr. Ministro de Fomento, muy buen señor, según me han dicho (aunque yo no lo creo), se descolgó con una circular á los rectores de las universidades, recordando lo que hay legislado acerca de las vacaciones de Pascua.

¡Valiente ocupación para todo un señor ministro!

Hubiérale valido más, no haberse entregado al *dolce far niente*, durante las *imperiosas vacaciones* del estío.

Alguna más autoridad tendría ahora *su excelencia* para aconsejar á los alumnos que asistiesen á clase, si mientras se estuvo días y semanas y meses muy tranquilo y muy sosegado, en *descansada vida*, aunque no huyendo del mundanal ruido; hubiese dado ejemplo de aplicación y de laboriosidad, que tan necesarios eran en todos los ministerios, y muy principalmente en el suyo.

Y bien sabe Dios, (es decir, me figuro que lo sabrá, porque dicen que lo sabe todo) bien sabe Dios que al escribir esto, no me pasa por la mente el recuerdo de que el Sr. Pidal es mi adversario político; le diría lo mismo si fuese mi correligionario; ó yo el suyo, para que no se enoje.

No es cuestión política esta del *punto*, sino solamente académica. Y vean ustedes lo que son las cosas; á mí me parece muy sencillo y de facilísima solución el problema.

Cuando era yo estudiante—¡y ya ha llovido y ha nevado desde entonces!—me agradaba mucho, muchísimo asistir á clase y escuchar las explicaciones de aquellos inolvidables y queridísimos maestros, D. Juan Diaz de Baeza, D. José Coll y Vehí, D. Ambrosio Moya, don Mariano Santisidban, todos ellos de grato recuerdo. Lo mismo que yo, pensaban algunos de mis condiscípulos, pocos en número ciertamente. Llegaban los días de pedir punto, de organizar insubordinaciones, de iniciar una rebelión ó de formular una protesta y el compañerismo, el temor á ser tenidos por vanidosos ó por hipócritas, nos obligaban á sumarnos (contra nuestra voluntad), con los alborotadores.—Eso mismo sucede ahora; exactamente igual ocurrirá siempre, mientras la asistencia á cátedra sea obligatoria, y mientras el catedrático, sobre la de explicar su asignatura, tenga la tarea de educar á sus alumnos.—Para cortar de raíz esas asonadas, se reduce todo á dos determinaciones:

Primera.—Quedan suprimidas definitivamente en los establecimientos públicos de enseñanza, todas las vacaciones. Solamente dejará de haber clase, un día á la semana; que puede ser, por ejemplo, el domingo.

Segunda.—No es obligatoria para nadie la asistencia á cátedra. (Sino para el catedrático, por supuesto).

El alumno desaplicado, por consiguiente, se tomará todos los puntos y todas las comas y todos los signos ortográficos que le acomoden y no molestará al estudioso, que desea oír y aprovechar las explicaciones de sus maestros.—Esto parece dicho en broma, pero crean ustedes que está pensado muy en serio.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

La Lotería de Navidad.

(MONÓLOGO DE UNA CASADA)

Mi marido es un hombre muy complaciente, muy amable, muy bueno muy transigente, muy alegre, muy franco, muy cariñoso;

y tiene una ventaja: que no es celoso. Cuantos caprichos tuve me ha concedido.

En fin, es un modelo como marido: mas le ha dado hace poco la atroz manía de odiar con toda el alma la lotería.

Pero yo no hago caso, qué desatino; y algunas veces juego con un vecino, que es amigo de casa y algo paisano, y que dice que tengo muy buena mano, porque hemos conseguido ya seguiditas

dos aproximaciones regularcitas...

Es claro, yo á mi esposo no se lo digo, pero sí jugando con ese amigo y ayer hemos comprado medio billete:

el cuatro mil doscientos cincuenta y siete.

El número es bonito. ¡Qué bueno fuera que nos cayera el gordol Si nos cayera,

aunque mi esposo sigue con la manía de odiar con toda el alma la lotería,

yo aseguro que entonces no se enfadaba; sino por el contrario lo celebraba,

y aunque hubiese jugado con ese amigo...

Pero mientras no caiga no se lo digo.

DEUSDEDIT CRIADO

Palique.

¿Teatro artístico? Perfectamente. Me parece muy bien que lo haya. Es, por lo visto, el teatro libre con otro *epíteto*, ni mejor ni peor. Se podrá decir que artísticos también lo son los demás teatros.— Sí; cuando lo son; pero también son libres y á veces hasta libérrimos. El nombre importa poco; el caso es saber de qué se trata. Teatro *privado* (que tampoco está bien), teatro *aparte*; como se quiera. Que lo haya, aunque no lo bauticen.

Recordarán, los pocos que son aquí aficionados á recordar cosas, que *El Imparcial* abrió discusión, hace años, acerca del teatro libre, y allí metimos la cucharada varios ingenios de esa corte y de estas provincias. En aquella ocasión tuve yo el honor de decir, que estas cosas necesitan dinero, y abnegación por parte de muchas personas. El Sr. Benavente iniciador, creo, del Teatro artístico tiene, por lo pronto, el mérito grandísimo de empezar á probar el movimiento por el sistema de Diógenes, andando. Pero Benavente, que tiene en casa fábrica de comedias, no la tiene de moneda, no se lo permitirían. No puede pagar cómicos buenos y caros. Y trabajan aficionados en mezcla graciosa con actrices de oficio. Y por ahí, por el camino del actor-autor, se va á... Lope de Rueda, al carro de Tespis, á cualquiera parte menos al porvenir. Y hasta se puede ir al teatro casero. ¡Horror!

Yo bien sé que nuestros cómicos, y acaso también los extranjeros, tienen, á pesar de su gran arte, ciertos vicios de origen, teatrales (naturalmente!) que perjudican un poco para el teatro sincero; acostumbrados al gran teatro, al teatro... teatral, consigo traen las condiciones de que justamente se quiera huir en el teatro... aparte.

Lotería, por CILLA



—Vamos, que ni un mal reintegro, para cenar mañana...

de que justamente se quiera huir en el teatro... aparte.

Pero tales como son esos cómicos buenos, todavía son mejores que los malos; y mucho mejores que los pésimos, y los pésimos son los aficionados.

No hay que confundir.

Así como una cosa es la poesía erudita y otra la popular; pero no es poesía popular lo que no es poesía; así los cómicos ideales, á propósito para el teatro de ensayo, libre, no son los buenos cómicos ordinarios, pero mucho menos los que ni siquiera son cómicos.

Con los aficionados no se puede suplir la falta de cómicos *ad hoc*. Como no se suple con aficionados la falta de cantantes especialistas del *wagnerismo*.

Mientras no haya escuela de cómicos... libres (vamos al decir), es preferible buscar á los cómicos que lo son de veras. Pero hay que pagarlos... ó hay que convencerlos de que no deben cobrar. Todo ello es muy difícil. Lo último, más.

El teatro artístico tampoco debe entregarse á los aficionados... de autor. No vaya á creer D'Agot que le van á estrenar á él cosas.

Hay jovencitos que se figuran que en cuanto Thuiller, Mario (q. e. p. d.) ó Diaz de Mendoza ó C. Palencia les han perdido un manuscrito, ó no les han contestado á una carta, ya ellos son unos genios... libres. El teatro artístico no debe ser el teatro *asilo*.

No falta quien piense que en cuanto hace una cosa sosisima, pero dialogada, ya está en plena dramaturgia reformista y rompiendo moldes.

Hay que evitar las tonterías trascendentales.

Por eso, y sin perjuicio de admitir las pocas novedades buenas que se ofrezcan, se debe atender á representar lo que, siendo obra del talento seguro, por tales ó cuales causas no suele representarse en los teatros que tienen que halagar al público viciado.

El arte por la taquilla no puede arriesgarse á ensayar obras que tienen idea, enjundia, pero que no están en el gusto, ó no pueden ser comprendidas, bien saboreadas por falta de cultura general, de hábitos de reflexión, etc.

Ejemplo: El teatro de Goethe. Goethe tiene en el dedo meñique cien veces más talento que cincuenta Sardous puedan tener en la cabeza. Y sin embargo, hay que confesar, que Sardou tiene el famoso *don* (de que se burlaba

hace años Zola... que tampoco tiene el *don*) y Goethe no lo tiene. Nuestro público *grande* no sabría hoy gozar dignamente del teatro de Goethe. Y para una *elite* ¡que regalo!

No porque Goethe, dramaturgo, no tenga defectos; si no porque, á pesar de ellos, las personas de gusto fino, reflexivas, gozarán con *Egmont*, *Clavijo*, *Ifigenia*, *Tasso* más que con no importa que obras modernas muy teatrales, muy *escénicas*... y de poca miga.

Clavijo, *proto-romántico* drama, pudiera decirse, con su asunto español, la famosa aventura madrileña de Beaumarchais, interesaría mucho á un público escogido. Y á *Los tunes del Imparcial* los haría reír.

Egmont, daría sueño á la marquesa del Pantano y á la duquesa de Medinaboba; y Goethe trabajó en *Egmont*, años y años con exquisito esmero, poniendo en él lo mejor de su alma de artista.

¿Y el teatro *exótico lejano*?

¡Cuántos placeres delicados, picantes, *nuevos*, no podría causar, v. gr., aquella comedia japonesa, que es ni más ni menos, que la *Dama de las Camelias*... de Yedo! Por supuesto, sin plagio de nadie; por pura casualidad.

En fin; que se podrían intentar muchas cosas divertidas... si hubiera pesetas.

Por ahora, Dios le dé salud á Benavente para continuar su meritoria tentativa, que ojalá se vea coronada por el mejor éxito.

Pero ojo con los aficionados de *ambos sexos*.

Y el *sexo* de D'Agot principalmente.

CLARÍN



Lotería, por CILLA



—¿Nos ha tocado algo, Ramón?
—¡Ya lo creo, perder!
—Bien te lo dije; pero te empeñaste en jugar conmigo...

DE BOHEMIA...

Ya llegó la Nochebuena,
la noche de los recuerdos.
Sabed jóvenes incautos,
enamorados eternos
de *Gloria*, la coquetuela
que ha sido mi amor primero;
sabed los que alucinados
dejáis el tranquilo pueblo
para correr en la Corte
tras el fantasma de un sueño;
sabed poetas seducidos
por novelas de bohemios,

víctimas de «El frac azul»
y de las «Cosas que fueron»,
que no existen tales *Cosas*,
ni *El frac azul* de otro tiempo.
Pues no hay en la pobre mesa,
de que nos habla Sinesio,
nada más que cien raciones
y somos tres mil, lo menos;
¡excuso decir á ustedes
lo que *costará* el cubierto,
cómo empujan los que empiezan
y cómo aguantan los viejos!
Cuando, para su desgracia,

sale un muchacho de mérito,
los demás gritan á coro:
¡Que revienten á ese... fetol
Tal vez alguno le dice:
Hombre, tiene usted *algo dentro*
será usted de los que *lleguen*
(á perder hasta el pellejo).
Nunca darán dos pesetas
aunque prodiguen consejos.
Sabed, que sé lo que digo
y os lo digo porque quiero.
Si tenéis hogar y novia
volved al tranquilo pueblo:

no hay fama que alhague tanto
como el escuchar *te quiero*
de labios de una chiquilla
para la cual sois un génio;
ni gloria que tanto valga
como de una madre el beso,
porque un beso de una madre
sino es la *gloria*... ¡es el Cielol
¡Pobre de aquél que anda solo
perdido por el desierto,
luchando sin esperanzas,
ilusiones, ni consuelos...

ALBERTO LOZANO



NAVIDAD, Dibujo de Roberto Delétang

NOCHEBUENA

La Nochebuena se viene,
dice un antiguo cantar,
la Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va.

Y sé irán nuestros amores
y nuestras dichas se irán
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

En cuatro versos, nacidos
de la musa popular,
se encierra el hoy y el mañana,
de esta pobre humanidad,
y pues tal es nuestra suerte
y nuestro destino tal,
disfrutemos de una vida
que poco puede durar.

Canten en alegre coro
juventud y ancianidad
y levantemos las copas
donde rebosa el Champañ
y suenen los cascabeles
lo mismo que en Carnaval,
ahogando en sus vibraciones
el eco de aquel cantar...

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

¿Que estás conforme conmigo?
Pues claro ¡no lo has de estar!...
Pero acuérdate un momento
del pasado, Trinidad,
¡y perdona si esta santa
noche de amor y de paz
despierta en mí unos recuerdos
que nunca se borrarán!...

Nochebuena fué la noche
en que nos puso el azar
frente á frente en una fiesta
que no olvidaré jamás,
porque te miré al principio
por pura curiosidad...
y alcé mil veces los ojos
para volverte á mirar.

Después, otra Nochebuena
más venturosa quizá

volvió á reunirnos al cabo,
de unos cuantos meses más,
y aquella noche, temblando
lo mismo que un colegial,
te confesé mi cariño
constante, firme, tenaz,
en voz muy baja, muy baja...
porque al verte, Trinidad,
¡la emoción y la alegría
no me dejaban hablar!

Y aún llegó otra Nochebuena,
no sé si te acordarás,
noche serena y callada,
noche de amor y ansiedad,
en que al través de la reja
llegamos á pronunciar
juramentos amorosos
que hemos olvidado ya.

Nochebuena nos persigue
con rara tenacidad
como una sombra que quiere
nuestras dichas estorbar,
¡y es que entre esas Nochebuena
aún queda una noche más...

y en esa fuimos culpables
los dos! ¡Los dos, Trinidad!

¿Qué es eso, lloras? No llores,
que no hay para qué llorar...
¡La vida es corta y las penas
como vinieron se irán,
y el dolor y la alegría
van siempre juntos, igual
que van juntas casi siempre
la traición y la amistad!

Deja que en la calle el pueblo
enronqueza por gritar:
La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va.

¡Gritemos también nosotros!
¡Gritemos cada vez más,
y levantemos las copas
donde rebosa el champañ,
y suenen los cascabeles
lo mismo que en Carnaval
ahogando en sus vibraciones
el eco de aquel cantar!...

RAMÓN ASENSIO MÁS